

mas; pretendiendo en todo el ardor de la concupiscencia, y el calor de las criaturas, para que entretenida el alma, niegue de una vez á Dios. Atiende bien á estas trazas de la esclava, que te conviene mucho entenderlas: es traydora, y no busca otra cosa, que su consuelo, recreo, y regalo.

253 Considera el modo, y orden de la negacion, que te servirá de exemplo para no caer, viendo esta fortísima columna derribada. A la primera pregunta se hizo desentendido, y dixo que no entendia, ni sabia lo que le decian, como quien dice: Una cosa nueva me preguntais: que si soy de sus discípulos, quando yo no sé de tal Maestro, ni si tuvo discípulos. Mira qué extraño se confiesa el primero de los discípulos, y el mas favorecido de todos. Mira no te muestres desconocido á este Señor, ni tan ingrato á sus beneficios; porque no hay mayor peligro que el de la ingratitud. No lo decia de corazon mi Santo, sino de miedo, y no por eso dexó de pecar; porque debia morir antes que echase por la boca semejante palabra, y razon. No te excuses con que tus defectos no salen del corazon dañado, ni de la mala voluntad, sino de tu fragilidad, y miseria; porque aunque esa razon no agrave tu culpa, no le quita que lo sea. A la segunda

tentacion, ó pregunta volvió S. Pedro á negar con mas grave, y mayor pecado. Llegóse á el un pariente de Malco, aquel á quien habia el Santo cortado la oreja en el Huerto, y le dixo como él le habia visto en el Huerto con el Señor: y aquí fué el mayor miedo; porque si se descubria el que él habia dado la cuchillada, corria su vida mucho peligro; y así dixo, ~~que en el~~ de los discípulos del Señor, ni lo conocia; y esto con juramento. Ya son dos pecados mas; que no solo niega la verdad, sino que es perjuro. Creció la tentacion, y tomó cuerpo con la cuchillada del Huerto, y se cumplió el dicho del Señor, que el que hiere con espada, con la misma espada muere. Allá quitó con la espada una oreja; y aquí otra espada le quita la vida del alma: mira como un pecado trae otro consigo: mira como las culpas enflaquecen el alma. Ya está de todo punto apoderado el miedo de aquel pobre corazon. Embístenle con nueva tentacion, no uno, sino todos: no hay piedad en los ministros de tinieblas; porque en viendo á una alma que flaquea, todos cargan sobre ella para oprimirla, y sepultarla de una vez. Cargaron sobre el temeroso, y afligido Apostol todos, y lo acabaron de derribar en una gravísima culpa. Primero sencillamen-

mente, luego con juramento, y por último con maldiciones, execraciones, y juramentos: para que veas como quanto mas permanece uno en el pecado, tanto mayores, y mas gravísimas culpas comete. Teme, hermano mio, la primera; que si no, caerás en la última.

254 Considera como habiendo negado S. Pedro la tercera vez al Señor, ~~cantó el gallo~~, que era el cumplimiento de la Profecía del Señor; y con todo eso no volvía San Pedro en sí, dice el Chrisóstomo (a), hasta que llevando los verdugos al Señor, pasando por el mismo patio, alargó la vista de su misericordia, y le miró con tanto amor, que comunicándose por los ojos la llama, derriñó el helado corazon del Apostol, y empezó á correr el agua de las lágrimas, destilada del fuego divino por la contricion, y dolor (b). ¡O amor incomparable, exclama San Ambrosio! ¡O clemencia infinita del Señor! Considera el desvelo, y cuidado de aquel amoroso corazon sobre la pérdida de una oreja. Lévanle preso, atado, y ligado, cargado de oprobrios, y tormentos; y con todo, olvidado de sí, se le van los ojos trás de quien le negaba, y le vuelve con amor increíble á su gracia. Vuelve, vuel-

ve en tí, Pedro, que el miedo te tiene fuera de tí: vuélvete á mí, y no dudes de mi amor: acuérdate que antes te lo pronostiqué. Acordóse el Santo, y empezó á llorar: acordóse del amor: acordóse de la bondad, y benignidad del Señor, y le atravesó el corazon la ingratitud: lloró, y se salió de aquella mala casa, y compañía; y como dice San Buenaventura, se fué á una cueva que está en el Huerto, entre el monte Sion, y Jerusalem, y allí lloró amargamente, sin admitir consuelo: y dice el Evangelio que empezó á llorar; porque jamas en toda su vida se le enjugaron las lágrimas, ni le faltó hasta la muerte aquel dolor. Mira tú, Christiano, cuántas veces le habrás negado con las obras, palabras, y pensamientos, y mira si te has salido de la casa, y con qué ánimo has llorado: si has vuelto á dar entrada al consuelo de tu cuerpo, y alma, ó si se acabó en tí la pena, y el dolor. Aprende de la penitencia del Santo, y escarmienta en su caída. Así que le miró el Señor, y le dió luz para que volviese en sí, y conociese su culpa; empezó á llorar; y no se fué luego á los pies del Señor, porque, como dice S. Ambrosio, fuera arrojado antes de llorar. No volvió á los mi-

nis-

(a) In Cat. Græ. (b) In cap. 12. Luc.

nistros á darles satisfaccion: lo uno, porque ellos eran tan malos, que no cabia en ellos escándalo; y lo otro, porque quiso dar primero á Dios la satisfaccion, que era el primer ofendido; y para libremente llorar, se salió fuera, porque aquella perversa gente le habia de impedir el llanto, dice Beda; y tambien porque como lo derribaron de la gracia, lo habian de derribar de la penitencia, dixo S. Leon (a); y como ya por experiencia sabia su flaqueza, huye, y se retira. Imítale en la penitencia, y escarmienta de su caída, pensando bien en ella.

255 Considera como Anás mando que llevasen al Señor á casa de Cayfás, en donde estaba junta aquella caterva de Pontífices, y Príncipes de los Sacerdotes, ancianos, y todos los que eran Diputados, y Consejeros por la República para graves negocios. Ahora haz cuenta que estás presente á todo, y que vés viendo, y notando quanto pasa, para considerarlo en tu corazon. Piensa como sacan al Señor de casa de Anás todos los Ministros, y verdugos que le habian preso; y puedes entender que el maldito Anás le mandó dar de beber, y regalar quando llegaron con la presa; y como ellos vieron el contento que le habian

dado en traerlo tan maltratado, ahora al llevarlo al otro Pontífice fué mayor la crueldad con que lo llevaban, mayores los golpes que le daban, mayor el estruendo, y el ruido por todas las calles, de manera que toda la Ciudad se inquietó, y corriendo la voz, todos tuvieron noticia de como Jesus Nazareno iba preso. Ya empiezan los varios juicios que hacian del Señor: hasta aquí padecia en el cuerpo; mas ya empieza á padecer en la honra, y en la fama. Considera con San Buenaventura, que habiendo llegado con el Señor, todo lastimado, á las puertas de Cayfás, aquellos cruellísimos Ministros se levantaron con ímpetu diabólico, y entrando por la puerta, le asieron, unos por los cabellos, otros por los cabezones, y otros por las cadenas, y á empellones, golpes, y puntapiés le llevaron ante el Pontífice, y luego se sentaron, y embravecidos como fieras contra el mansísimo Cordero, y vueltos con los semblantes al Pontífice, le dixeron que examinase los testigos, y que luego se sustanciase la causa: que no habia cosa mas justa que quitarle la vida á un tan mal hombre, embustero, sedicioso, y engañador de las gentes. Salieron en esto los Alguaci-

(a) Serm. 9. de Pas.

ciles á buscar testigos, cohechándolos con dinero; y aunque vinieron muchos, y dixeron muchas mentiras, como dice Orígenes (a), fueron tan contrarias á la verdad, que no pudieron siquiera con todas ellas dar la sentencia con algun color de verdad. Por último traxeron dos, pareciéndoles que con aquellos tenian ya quanto habian menester; y el testimonio de estos fué jurar que el Señor habia dicho que podia derribar el Templo de Dios, y en tres dias lo podia reedificar: y fué declarada mentira, porque el Señor no habia dicho aquellas palabras, sino otras muy distintas, hablando de su santísimo cuerpo. Atiende por aquí, Cristiano, la pureza, y santidad del Señor, pues entre tantos enemigos no pudieron hallar cosa que siquiera pudiese dar algun color de verdad á su maldita intencion, y por esta razon no dudes que se estarian carcomiendo dentro de sí, y mas á vista del Tribuno, y Soldados Romanos, que tendrian no poca confusion.

356 Considera como el Pontífice, lleno de cólera, é indignacion, se volvió al Señor, y le dixo: ¿No respondes nada á lo que estos dicen contra tí? Y como dice S. Buenaventura, to-

dos aquellos malditos se levantaron, viendo que se levantó el Pontífice, y como perros rabiosos, llegándose al Señor, le dixeron: ¿No tienes lengua, maldado? ¿Te has vuelto mudo? Dí, responde: ¿qué se hizo aquella verbosidad con que traías embébecidos trás de tí los Pueblos por los caminos, calles, y Templos? Entonces clamabas, y dabas voces por Lugares, Ciudades, y desiertos, llevando trás de tí multitud grande de gente ruda, é ignorante, y para todos tenias que hablar; ¿y aquí te faltan razones para responder á tu Prelado? Habla, embustero, habla. ¿No eres tú aquel que aquí á nuestros oídos te ponias en el Templo á predicar prolixos, y largos Sermones, afrentándonos públicamente, llamándonos hipócritas, y embusteros? ¿Te que eres un hombre vil, de baxo nacimiento, te atreviste á poner en tu boca á los que somos Doctores de la Ley, Maestros, y Pontífices del Pueblo? Hasta aquí S. Buenaventura. Y queriendo embestirle, los detuvo el Pontífice; como quien dice: Dexad, que ahora vereis como yo lo aclaro todo; y llegándose á su Magestad Divina, le dixo: Yo te conjuro de parte de Dios vivo, que nos digas si eres Christo Hijo de Dios?

(a) Hom. 35. in Matth.

Dios? Respondió, por la reverencia del Divino Nombre, diciendo llanamente y confesando que era Christo Hijo de Dios; y que aunque ahora le veían tan humillado, y oprimido, entendiesen que algún día le verían baxar del Cielo con poder á juzgar el mundo. Oídas las palabras del Señor, que se las preguntó, no por saber la verdad, sino por ver si podía hallar materia de donde asirse, para condenarle; fingió el hipócrita mucho sentimiento, y volviéndose á los otros, les dixo mostrando gran dolor: Blasfemado ha, ya no necesitamos de testigos: ¿habeis oído la blasfemia? ¿Qué os parece? Que muera, clamaron todos; y arremetiendo con su Magestad Divina (dixo nuestra Señora (a) á Santa Brígida) le dieron terribles puñadas en su santísima boca, como á blasfemo. El Texto santo dice: Que le dieron de pescozones, y bofetadas. Y Santa, Brígida: que le derribaron en el suelo, y le dieron de patadas, y puntapiés; y que baxándose de los asientos aquellos infames, y malvados Doctores, haciéndose tambien Ministros de Justicia, por el rencor que con su Magestad tenían, descargaron sobre el Señor muchos, y grandes golpes,

(a) Lib. 1. de Revel. cap. 2.

y puñadas; y cogiendo por los cabellos su santísima Cabeza le dieron con su venerable barba, y boca contra el suelo con tanta inhumanidad, que le hirieron malamente sus labios, los dientes se le movían desencajados de su lugar, y luego le levantaron, y poniéndosele por delante le escupían en su rostro divino, como si escupieran en una cosa abominable. Harta ~~muera~~ en la mansedumbre de este Señor, en su paciencia, en su silencio, y en la rabia de sus enemigos, para contemplar, y juntamente para compungirte, y resignarte en padecer algo por el que tanto padeció por tí.

257 Considera como dice San Agustin, San Pascasio, y San Buenaventura, que habiéndose cansado aquellos malditos Príncipes de herir al Señor, llamaron á los soldados principales, y se lo entregaron para que lo encerráran en un calabozo, que estaba en la parte inferior de la casa, como dice San Buenaventura; y les encargaron que le tuviesen á buen recaudo, hasta que amaneciese, y que por la mañana serían regalados; como quien dice: Cojan allá ese sacrilego engañador, que hoy ha de morir sin remedio; y castiguen su atrevimiento en el interin que

que amanece, que en esto nos harán una grande lisonja; y dándole de puntapiés, le entregaron á los ministros de la maldad, y en esto le cogieron, y llevaron á un calabozo profundo; y allí, como dice San Buenaventura, le ataron con las manos atrás á una media columna, y le dieron gravísimos azotes, y despues muchas bofetadas, puñadas, y pescozones; y desatándole de la columna, ~~enrovecidos~~ con su paciencia, y de que no se quejaba como ellos querían, para que lo oyese el Pontífice, y tuviese aquel gusto, le asieron por los cabellos, y le arrastraron por el calabozo, dándole muchos puntapiés, y luego le levantaron, y asiéndole con rabia de sus santísimas barbas, se las arrancaban, y escupían en su divino rostro, diciéndole grandísimos oprobrios, y afrentas. Luego le cubrían el rostro con un inmundo, y sucio lienzo, ó con un trapo vil, atado en su divina cabeza, y jugaban con el Señor de la Magestad, dándole de pescozones, puñadas, y bofetadas, tirándole á una parte, y volviéndole á otra, juntando á estas crueldades palabras de gran desprecio, diciéndole uno que le daba un golpe: Ea, Christo, gran Profeta; ¿mas que no adivinas ahora cuál de nosotros te dió? Ea, ¿qué no aciertas con el que te hirió? Y

esto lo repetían muchas veces con otras muchas desvergüenzas, descortesías, y blasfemias, poniéndole nombres infames, y afrentosos. Y finalmente fueron tantos, y tales los oprobrios, las afrentas, dolores, y trabajos que padeció el Señor esta dolorosa, y triste noche, que hasta el día del Juicio, dice S. Gerónimo, no se sabrán. Vistas todas estas cosas, considera tú, que ves á tu Señor en aquella carcel, y que ves todas estas crueldades, y vilipendios, y que muchas veces le ves en el suelo caído, que pasan por encima de él, que le pisan, y maltratan, y que el Señor tiene infinita paciencia, y que no abre su boca, ni se queja, y que la Reyna de los Angeles en vision lo estaria registrando todo con inefable compasion, pena, y dolor de su alma, y que los Angeles que acompañaban al Señor, estarian por los rincones de aquel calabozo, como pasmados, y asombrados de ver el infinito exceso de amor, que le obligaba á ponerse en aquel estado, y padecer tanto por los hombres. Pásmate tú de la dureza de tu corazón, de tu ceguedad, y del olvido de tu alma; pues se te ha pasado la vida en ofensas contra un Dios que tanto pasó por tí.

258 Considera como los Pontífices muy de mañana se juntaron

ron con los ancianos, Doctores, y Fariséos, que con todos eran setenta, que era como Consejo, ó Junta general, y en ella trataron, no de la sentencia de muerte que se habia de dar contra el Salvador, porque esa ya se habia dado la noche antes; sino de qué genero de muerte se le habia de dar: si le habian de matar á pedradas: si sería mas acertado darle á comer un poco de pan envenenado, para que muriese reventado, y ocultamente en la carcel, sin que nadie le pudiese valer de todo el pueblo que le habia seguido; ó si sería mejor entregarle al Juez para que le crucificase; y este genero de muerte, por ser mas cruel, mas dilatado, y mas afrentoso, les pareció mejor: para esto madrugan, y se desvelan: no los dexa sosegar el rencor. ¡O desdichada mañana, y madrugada infeliz para vosotros obstinados, y ciegos Judíos, exclama S. Leon! Esa mañana, esa mañana echó por tierra vuestro Templo, y Altares: esa mañana os quitó la ley, la luz, y las profecías, y os dexó en tinieblas eternas: esa mañana os quitó el Reyno, y el Sacerdocio, y os dexó en perpetua esclavitud: esa mañana convirtió todas vuestras fiestas en llantos, y amarguras eternas: os juntáis

(a) Hom. 35. Matth.

para dar sentencia á Christo, y la dais contra vosotros mismos: pensáis con qué genero de muerte le quitareis la vida, y con eso no habrá genero de muerte, pena, ni tormento, que no os echeis encima contra vosotros: os juntáis, y juntándoos de día á vista del Sol, no veis el mal que os haceis: no teneis excusa, pues pecáis á las claras, y contra la luz os mirais. No tenéis remedio vuestro daño, dice Origenes (a). ¡O Christiano! Mira que si pecas, si te juntas con el demonio, con tus pasiones, y con los malos contra Christo, contra tí es la junta; y junta que se hace de día, culpas hechas con conocimiento, y sin ignorancia, son culpas de réprobos. Teme, y puesto que tienes luz, no obres contra ella.

259 Considera como el maldito Judas andaba entre esta mala gente á la mira, para ver en qué paraba su traicion, porque la conciencia no le dexaba sosegar; y viendo esta mañana que ya los Príncipes de los Sacerdotes, los Pontífices; y ancianos habian concluido la causa del Señor, fué grandísima la pena, y el tormento con que le apretó la conciencia. Llegóse á los Príncipes, y ancianos; y volviéndoles el dinero que le habian dado por el Señor, les dixo, que ha-

bia

bia hecho un pecado grande en venderles la sangre justa, y santa de aquel inocente: que allí tenian su dinero; y que puesto que era inocente, que le dexasen ir libre. Ellos se volvieron á Judas, y como premeditada S. Pascasio (a), le dixerón: ¿Ahora nos vienes con eso? Hubieras visto tú antes lo que hacias: ahora, si has hecho mal, mira por tí, y no nos vengas acá con esos embustes; porque ¿qué nos va á nosotros que hayas pecado, ó no hayas pecado? Allá te lo hayas: y así de despidieron haciendo burla, y mofa de él. Esto es lo que ganan aquellos, que por complacer á otros, y congraciarse con ellos, ofenden á Dios, que después hagan burla de ellos, y los desprecien aquellos por quienes pecaron: es muy justo que te dexen, y te desprecie aquel por quien tú dexaste, y despreciaste á Dios. Escarmienta, pues, y no dexes á Dios por las criaturas; que el pago que te han de dar, ha de ser arrojarte de sí, quando te vean perdido. Piensa tambien en la malicia de aquellos malvados, dice S. Hilario, que oyen que han comprado la sangre inocente, y se hacen desentendidos, justificando su ciega maldad con el pecado de quien la vendió, como si no fuera

igual la culpa, así en el que vende, como en el que compra mal (b). Librete Dios de estos engaños: procura justificarte delante de Dios, y no te contentes con paliar tus culpas delante de los hombres. Considera como viendo Judas que no le querian recibir el dinero, se fué al Templo, y lo arrojó en él; y desesperando de la divina misericordia (c), se fué, y se ahorcó de un arbol, y colgado reventó por medio, y se le salieron las entrañas: así dió fin el traidor, entregando el alma muerto al que la habia dado vivo: viviendo dió posesion de ella al demonio; muriendo se llevó el demonio lo que habia poseído en vida. Piensa todas estas circunstancias, que puesto que el Espíritu Santo las nota, para nuestra enseñanza se escribieron. Mira la inquietud con que andaba el desesperado por volver el dinero, y viendo que no se lo querian tomar, él lo arrojó de sí: era dinero, y no lo queria tener consigo, siendo codicioso: era dinero, y no lo quieren los Judíos, ni los Príncipes de los Sacerdotes, siendo avarientos, y codiciosos; porque aunque era dinero, era precio de la Sangre de Jesus, y este lo arro-

X 2

jan

(a) Lib. 12. in Matth. (b) In cap. 27. Matth. (c) Act. Apost.

jan de sí los malos. Este precio tienes en tu alma en la divina gracia, mira no lo arrojes: aprécialo en mucho, porque con él comprarás el Reyno de los Cielos. Mira que mientras Judas no lo arrojó de sí, dice San Máximo (a), no desesperó; y así que lo apartó de sí, se ahorcó. Y considera asimismo la ceguedad de aquel miserable, que llevó el dinero al Templo, cuidando de que no se perdiese, y él se va á la horca, y se entrega á la perdición. ¿Qué mas insensato lo quieres? Asegurar el dinero, y perder el alma. Mira cuánto mas quería el dinero, que su propia alma: por él vendió á Dios, perdió su gracia, y se perdió. Ten gran cuidado que el corazón no se te pegue á las cosas de esta vida, porque si las amas con ansia, te han de cautivar, y han de dar contigo en la eterna perdición.

261 Considera tambien que no arrojó el dinero en un muladar, ó en la casa de Cayfas, ni en la calle, sino en el Templo; porque como dixo Drogon, el Templo es casa de Dios (b); y como él tenia por Dios al dinero, por eso lo puso en el Templo: hasta entonces lo habia tenido en el templo de su alma como Dios: queria arruinarse

este templo, y el infeliz cuidó del Dios que adoraba, y dexó caer el templo á los infiernos. Mira que es tu alma templo de Dios, no la hagas de ídolos, adorando el dinero en donde solamente Dios debe ser adorado, porque perecerás con los Idólatras; y ya sabes que es especie de idolatría la avaricia. Considera asimismo el género de muerte que se dió al desdichado Judas, que se cayó en el ayre; propio parage de los espíritus de las tempestades, dixo el glorioso San Bernardo (c), para morir entre los demonios el que habia vivido con ellos. Con quien vivas morirás: los compañeros de tu vida lo serán de tu muerte. Considera en el modo con que se ahorcó aquel perverso, y maldito apóstata. Dice San Agustin, y con él la version Siríaca (d), que se subió á un arbol, y atravesando de una rama una soga, se echó el lazo al cuello, y se bató á los pies la extremidad de la soga, y dexándose juntamente caer con ímpetu desesperado, con sus mismos pies se apretó el lazo; y fué tan terrible la furia con que se arrojó, que la soga se hizo pedazos, y él cayó muerto en tierra, y con el golpe se partió por medio, y se le reventaron las entrañas.

(a) In cap. 7. Matth. (b) De Sac. Pass. (c) Serm. 8. in Psalm. 90. (d) Act. 1. 17. cont. Sel. Maniat. lib. 1. cap. 4.

ñas. Mira por aquí cuán desesperada rabia concibió contra sí mismo por la gravedad de su delito, y cuán cruel verdugo es el pecado en la muerte, y teme de llegar con él á aquel trance. Considera lo otro, como con sus propias manos, y pies se mató, ayudando con los pies á que fuese acelerada la muerte: en las manos has de entender las malas obras: estas ponen la soga á la garganta, y la aseguran en la horca: los pies entiende los afectos, y estos tiran de la soga, y ahogan al desdichado; y el peso de las culpas en el alma rompe la soga, y lo hace pedazos en la tierra: y así cayó este desgraciado Apostol; y dice S. Agustin, que cayó boca abaxo; porque los afectos carnales, las malas obras, y los pecados lo llamaban con la boca á la tierra, y estos fueron sus verdugos. Escarmienta, Christiano, y no te dexes arrastrar de estos afectos desordenados. Considera lo último el haber reventado, y salido-sele las tripas, y las entrañas, que fué otra cosa singular, la qual no se lee de ningun ahorcado; y este fué castigo de Dios, dice Drogon (a), porque Judas era golosísimo; y no pudiendo tolerar la abstinencia con que vivian los Apóstoles en compañía del Señor, hurtaba el dinero que traía para el gasto de los demas, y á escondi-

das hacia sus comidas, y se regalaba, y comia quanto queria: y así el vientre, que lo traxo al mayor de los pecados del mundo, reventando en su muerte, dió testimonio que por la destemplanza, y la gula se habia condenado aquel desdichado. Mira lo que haces, no seas de aquellos de quienes dice S. Pablo, que tienen el vientre por su Dios, y que la gloria, y el deleyte se les volverá en confusion eterna. No puedes conseguir virtud alguna, si no eres abstinente. Huye la hipocresía, y no quieras parecer abstinente con Christo, y ser gloton en lo oculto con Judas. Sé abstinente de manjares, y de la gloria mundana.

262 Considera como los Judíos cogieron el dinero de la venta del Señor, y dixeron que no era justo que aquel dinero, que era precio de la sangre vendida, se juntase con las otras limosnas en el erario del Templo; y así compraron un campo, y le destinaron para sepulturas de peregrinos; en donde has de considerar dos cosas: La primera, que esto no fué hecho acaso, sino que fué altísima disposición; que su Divina Magestad no quiere que el precio de la sangre, y sudor de los pobres se ofrezca á Dios, ni se dé de ello limosna á los Templos.

(a) Ubi sup.

plos. La segunda, que á quien vale el precio de la sangre de Christo en la muerte es á los que viven como peregrinos en este mundo: esos gozan el fruto de su sangre en la muerte, no los que tienen el mundo por patria, como dice San Ambrosio (a). Tú has de procurar vivir como desterrado, y peregrino en este mundo: dexa sus cosas á cuyas son, y desasido de todo, anhela por la patria eterna. Y ahora, dexemos á Judas, y volvamos á nuestro Salvador.

263 Considera como habiéndose juntado los Pontífices, y Príncipes de los Sacerdotes, y los Escribas, y habiendo determinado que la muerte que se le había de dar á nuestro Salvador fuese la muerte de cruz, le hicieron llamar, y traer de la carcel. Ponte á la mira, y verás quál sale tu Dios de aquel tenebroso calabozo, y de aquella penosa, y lamentable noche: repara bien en él al salir, y verás que sale tan maltratado, que su vista era bastante á partir de dolor las piedras. Ya sabes que le habían derribado en el río, y que su ropa era de lana; y habiéndola tenido toda la noche encima, era fuerza que saliese traspasado de frío; y todo temblando. Habíanle arrastrado por el suelo de la carcel,

(a) Serm. 15.

está en pie delante de ellos el Criador de todas las cosas, cargado de humildad, y confusion. Estan sentados los esclavos, y vi les siervos con mucha arrogancia, y altivez; y tienen en pie delante de sí á su Señor cargado de oprobrios, y afrentas. ¡O paciencia! ¡O humildad estupenda de Dios! ¡O ceguedad, y locura intolerable de los hombres! ¡No ves, Christiano, como trata el mundo á Dios? ¡No ves los justísimos juicios de este Señor, y quán justísimamente condenará á los soberbios? Tiembla de semejante vicio.

264 Considera como aquellos pérfidos Judíos viendo delante al Señor tan castigado, fingiendo que querian saber la verdad que contradecian, le preguntaron: Si tú eres Christo Hijo de Dios vivo, dilo aquí claramente. El Señor que conocia su dañada, y perversa intencion, les respondió con grande humildad, diciendo: Si os lo dixera, no lo habiais de creer; y si os preguntare el por qué no lo creéis, no me habeis de responder, ni habeis de revocar vuestra sentencia. Aquí le atajaron al Señor, y le dixerón: ¿Segun eso tú eres Hijo de Dios? Respondió el Señor: Vosotros lo decís que Yo soy; y os digo que habeis de ver al Hijo del Hombre sentado á la diestra de Dios, que viene con divino po-

der en las cubes del Cielo. En esto se levantaron con grande furia contra el Señor, y dándole muchas puñadas, dixerón: ¿Qué nos estamos deteniendo? ¿Qué esperamos? Ya son por demas los testigos. Ea, tenedlo ahí, y vamos con él al Presidente, que luego al punto lo mande clavar en una cruz. ¿Qué decís, perversa gente? ¿Que le aten? Pues acaso está sin prisiones? ¿No le teneis cargado de cadenas, y sogas? Si; pero dice el Beato Alano de Rupe, que le mandaron quitar las cadenas, porque no pareciese crueldad, y le mandaron llevar con sogas, que era señal de crucificado. Obraban cruelmente, y querian ocultar la impiedad, y justificar su maldad. Quitáronle las cadenas, y pusieronle sobre las heridas sogas nuevas, que aun mas que las cadenas le atormentaban. Mira aquella paciencia, aquella humildad, y aquella mansedumbre, cómo se dexa desatar, y atar con nuevo tormento, sin abrir su boca. Pídelé tú aquellas cadenas que le quitan: dile al Señor que te las ponga al cuello, que te ate con ellas tus manos, y de pies á cabeza te sujete, para que jamas te apartes de él.

265 Considera como habiendo atado á nuestro Señor con una sogá por la garganta, y las manos atras, empezó á her-